



MENTIRAS POPULARES

— *Una forma de habitar la Patagonia* —

Investigación de JOSÉ MIGUEL BENADO WILSON,
DANIEL EGAÑA ROJAS y SANDRA MOLINA FRANJOLA



Textos de José Benado Wilson y Daniel Egaña Rojas.

Ilustraciones de Sandra Molina Franjola.

Edición de Javiera Herrera Zalaquet.

Diseño editorial de Antonieta López Aravena.

Encargado de terreno Felipe Andrade.

ISBN: 978-956-393-593-6

Licencia creative commos: Este libro puede ser fotocopiado parcial o totalmente, reproducido por medios como escáner, fotografías, audios, visuales u otros, para uso personal o colectivo, pero sin fines comerciales, sino que para fines educativos, formativos, lectura cotidiana, recreativo u otro similar.



Primera edición en español - 2018.



Proyecto financiado por
el Fondo Nacional de
Desarrollo de la Cultura
y las Artes 2018

Dedicado a

Don Jorge Gatica y su familia

ÍNDICE —

7 | prólogo

17 | mentiras populares

77 | epílogo

93 | bibliografía

94 | participantes

Este libro es el desenlace de una historia que se puede contar en cuatro actos, **cuatro episodios** distanciados en el tiempo y unidos por medio de la suerte, un poco de locura y perseverancia.

ACTO I

Invierno de 2014.

Lago General Carrera, región de Aysén.

Junto a mi colega y amigo Felipe Andrade bajamos de los cerros del río Engaño, mojados y rasguñados por los calafates. Para cerrar un poquito mejor la jornada, paramos en una casa a pedir agua caliente para el mate.

Nos recibió la señora Eliana, una abuelita muy simpática que consideró que habíamos llegado en el momento preciso, porque justo estaba preparando picarones. Nos invitó a tomar once.

Qué nos dijeron. Nos cambiamos de ropa, nos arrimamos a la cocina a leña y empezaron a correr los amargos. Felipe y la señora Eliana, patagones, se pusieron a conversar acerca de cómo había cambiado el clima en la región, de los pumas y de la famosa crecida del río Engaño el año 77, mientras yo, santiaguino con poco y nada para aportar, me iba quedando dormido por el cansancio y el calorcito de la cocina.

—¿Y vio al ciervo con el buey allá en los cerros? —me preguntó la señora Eliana mientras me zamarreaba para despertarme.

—No, señora Eliana, ¿cuál ciervo? —Miré a Felipe buscando complicidad, pero él se limitó a sacar un picarón.

—Hace como un mes, desde la isla Macias, allá frente a Mallín Grande, un ciervo saltó al lago y se vino para el continente.

—¡Chuta, tremenda nadada! —dije impresionado.

—La cosa es que la CONAF ofreció una recompensa para el que atrape al ciervo, no ve que esos animales atacan a los huemules.

—¿Y lo atraparon? —preguntó Felipe, mientras agarraba otro picarón.

—Más o menos —le respondió la señora.

—¿Cómo así? —quise saber yo.

—Resulta que el ciervo, caminando por los cerros, hizo amistad con un buey y ahora andan recorriendo para todos lados juntos. Incluso, cuando el buey se queda atrás, no ve que es más flojo para caminar, el ciervo se acerca y lo empuja despacito con la cabeza. Como son amigos y andan acompañados, la gente les agarró cariño y ya nadie quiere la recompensa.

—¡Qué bonita historia! —exclamé.

—¿Pero usted los ha visto? —preguntó Felipe.

—Claro. La semana pasada estuvieron por mi campo y se quedaron dos días descansando.

—¡Qué fantástico! Qué bonito que la gente renuncie a la recompensa y los deje viajar por el lago. Eso demuestra que en la Patagonia la amistad puede más que el dinero —les dije emocionado, mientras Felipe daba cuenta del último picarón.

Antes de dormir, recordé los antiguos textos anarquistas sobre el apoyo mutuo de Kropotkin, e imaginé que recorría los cerros con el ciervo y el buey...

ACTO 2

Julio de 2015.

Coyhaique.

Era uno de esos días de lluvia ideales para leer una novela al lado de la combustión. Puse agua para el mate y escogí una que me habían recomendado en la biblioteca: Patagonia Express, de Luis Sepúlveda.

Leí con avidez los relatos autobiográficos. Como en la mitad del libro, y después de muchos años de exilio, Sepúlveda al fin podía volver a Chile. Desembarcaba en la Patagonia para cumplir una promesa que le había hecho a su difunto amigo el escritor Bruce Chatwin: investigar las andanzas de los aventureros y revolucionarios Butch Cassidy y Sundance Kid.

En esas estaba Sepúlveda, averiguando mientras se comía un asado en Cochrane, cuando su amigo Ladislao Eznaola pidió silencio y se dirigió a los presentes: «Paisanos, como ya es tradición en nuestra estancia, vamos a dar por inaugurado el décimo octavo campeonato de mentiras de la Patagonia [...]. Como en las contiendas anteriores, hay una vaquilla Holsten de premio para el vencedor».

Después, tras escuchar una linda historia sobre un piojo que, al ver que su huésped humano estaba flaco y a mal traer, se sacrificaba para no quitarle más energía, el autor se preguntó si existiría en el mundo otro torneo como ese, «un torneo de mentiras».

¡Sentí un remesón! En la Patagonia se contaban mentiras. La historia del piojo, por su narración y estructura, era muy similar a la del ciervo con el buey que me había contado la señora Eliana el año anterior. ¿Sería también una mentira?

No, no podía ser. No podía creer que esa señora tan tierna, ¡una abuelita!, me hubiese mentido.

Comencé a hacer averiguaciones:

—Efectivamente, en la isla Macias se han reportado algunos ciervos. Los ciervos comparten linaje con los huemules y compiten por el alimento, por tanto, se evita que habiten el mismo espacio geográfico. Pero no, como oficina pública no ofrecemos recompensas, no es parte de nuestra política —me explicó pacientemente un funcionario de la CONAF.

—Los caballos y las vacas son bastantes buenos para nadar, en el sentido de que pueden cruzar ríos caudalosos. Los ciervos también nadan, pero recorrer desde la isla Macias hasta el continente ya es otra escala. Además, la temperatura del agua es demasiado helada para resistir tanto rato. No sé, vecino, es rara esa historia, no parece verosímil —me dijo Esmeralda, una amiga veterinaria que vive al lado de mi casa.

—Kropotkin describe cómo entre las abejas, hormigas, primates, etc., el apoyo mutuo, por sobre la lucha y la competencia, es la herramienta más eficaz para la supervivencia. Esto se da entre individuos de la misma especie, pero el ruso no entrega ejemplos de apoyo o solidaridad entre especies diferentes como el ciervo y el buey —razonó mi amigo Emilio, un experto en ideología anarquista.

Era el momento de hablar con Felipe:

—¿Te acuerdas de la historia del ciervo y el buey?

—No, ¿cuál?

—La que nos contaron en el río Engaño el año pasado. Del ciervo y el buey que recorrían juntos los cerros, a los que todos ayudaban. ¡Cuando nos invitaron a comer picarores!

—Ah, sí.

—Pucha, lo siento, pero creo que no es real. Parece que fue un invento de la señora. Seguramente lo hizo para entretenernos, sin mala intención.

—¡Obvio que no es real! —me contestó mientras se atoraba de la risa.

—Pero cómo, ¿tú sabías que era inventada?, ¿por qué no me dijiste?

—Por supuesto que era inventada ¡Si esos viejos de campo son todos mentirosos! Me dio pena decírtelo, estabas muy emocionado —me confesó mi buen amigo Felipe sin parar de reírse.

ACTO 3

Diciembre de 2015.

Santiago.

—¡Qué buena historia!

—¿Es grande el lago General Carrera?

—¡Pero cómo fuiste tan ingenuo!

—¿Cómo es la señora Eliana?, ¿la volviste a ver?

Así celebraban mi relato mis amigos del norte, mientras compartíamos una parrillada y chocábamos los vasos para hacer salud. Hasta que uno se puso muy serio, me llamó a un lado y me dijo lo siguiente:

—No sé si la Patagonia será el único lugar del mundo donde hay competencias de mentiras, pero estoy seguro de que no puede haber nada más entretenido que investigarlas. —Era Daniel Egaña. Y como es antropólogo, de inmediato se le ocurrió postular a un FONDART.

Le dije que sí más para seguir brindando que por estar muy convencido. Pero Daniel es como un hippie finlandés. Tiene la cualidad de imaginar proyectos poco convencionales, hacerlos realidad y, además, ejecutarlos de forma seria y profesional.

Una semana después, me envió una invitación para compartir una carpeta de Dropbox. Estos eran sus avances: la práctica de las mentiras se reconocía como un género, claramente diferenciado, de la tradición oral de la región de Aysén; existían publicaciones que rescataban mentiras, por ejemplo, en el blog El Guanaco

Volador o en los libros Cinchando pa' no aflojar, de Danka Ivanoff, y Relatos en el sur de Aisén, de José Mancilla. Pero, y esto era lo más importante, no se habían realizado trabajos sistemáticos de recopilación y reflexión en torno a las mentiras.

Es decir, además de una idea romántica, una investigación sobre las mentiras podía ser una contribución al patrimonio oral de la Patagonia. Aun así, yo tenía mis reparos:

—Cuando pregunto por las mentiras en la región todos hacen como que no entienden de qué estoy hablando. Sin embargo, después de unos mates y mucha conversación, cuentan una historia que, claramente, es inventada —le dije a Daniel.

—Entonces ya las puedes reconocer —me dijo para burlarse de mí.

—Muy chistoso. Me refiero a que no sé cómo vamos a recopilar las mentiras si todos niegan que las cuentan.

—Evidente. Si reconocen que la historia no es cierta, entonces ya no es una mentira y pierde lo lúdico —me dijo con aire científico.

—...

—Hay que recorrer la región y conversar con los viejos.

—¿De verdad crees que nos pueden seleccionar en el FONDART con un proyecto de mentiras?

—Hay que tratar.

—¿Y si nos seleccionan y después no somos capaces de recopilarlas?

—Bueno, en el peor de los casos, las inventamos. ¡Sería una acción de arte!

No había posibilidad de dejar esta historia a medio camino. Daniel tenía respuesta para todo.

ACTO 4

Noviembre de 2017.

Postulamos dos veces al FONDART. En 2016 el proyecto fue seleccionado y, en el verano de 2017, casi tres años después de haber escuchado la historia del ciervo y el buey, nos fuimos Sandra Molina, Daniel Egaña, Felipe Andrade y yo a la aventura de recopilar mentiras al lago General Carrera. Afortunadamente, no fue necesario inventarlas. Nos contaron más de ochenta mentiras, entre las cuales seleccionamos treinta y nueve para hacer este libro.

Tanto los textos definitivos como las transcripciones de las entrevistas fueron entregadas al Museo Regional de Aysén para que las mentiras puedan ser consultadas y disfrutadas por la comunidad. Nos haría muy felices que este material sea utilizado como antecedente para futuras investigaciones acerca de las tradiciones orales de la región.

Este proyecto no podría haber llegado a buen puerto sin la cariñosa y desinteresada colaboración de Camila Wellmann y su familia, Omar Andrade, Pascual Díaz, Jasmia Yáñez y Fernando Ojeda. ¡Muchas gracias por toda la información que nos entregaron!

— *Mentiras populares* —

Investigación de
José Benado Wilson,
Daniel Egaña Rojas y
Sandra Molina Franjola.

Y TAC, TAC LE HACÍAN LOS HUESOS CUANDO SE ESTIRABAN
Y SE ACOMODABAN



HERMINDA LEVÍN, Puerto Tranquilo —

Había un viejito muy rementiroso. Se llamaba Juan Segundo Ramírez y lo mataron en Argentina, yo creo que por mentiroso. Era chiquitito y medio chuequito, pero según él había sido un hombre grande.

Contaba que, cuando era domador de una estancia, los caballos lo golpeaban y lo botaban y por eso se había ido achicando de a poco. Quedó chiquitito de tanto quebrarse los huesos.

Con la última quebrada grande que le hicieron, le rompieron las costillas y lo molieron entero. Lo dejaron en el piso todo roto, no se podía mover. Estaba ahí sin saber qué hacer, cuando a lo lejos vio una botella y se le ocurrió una idea.

Arrastrándose a duras penas, llegó hasta la botella, la pescó y se puso a inflarla, miércale, fu, fu, sopla que te sopla. Y tac, tac le hacían los huesos cuando se estiraban y se acomodaban. Así logró arreglarse.

Después, cuando terminaba de conversar decía: «Ay, Dios, compañerito, usted no me va a creer. Puede creer que es mentira. ¡Pero es la pura verdad!».

LUIS AVILÉS, El Furioso —

¡Claro que conocí a Segundo Ramírez! Tenía como cien años. Decía que había sido un hombre grande, pero que de tanta pateadura en los huesos se le fueron quebrando los pies, las costillas y quedó así nomás, chiquitito.

Contaba que una vez perdió un carnero y se pasó como cuatro o cinco años buscándolo, dando vueltas alrededor de su antiguo comedero, fijándose en si estaba o no estaba. Un día miró y lo vio durmiendo. ¡No lo podía creer! Así que se fue despacito para pillarlo. Pero cuando estaba cerca, el animal despertó, salió corriendo y saltó al lago.

Entonces Ramírez saltó detrás, cazó al carnero de la pata, se fue de punta y se cayeron los dos al agua. Y, como no le aflojó, se fueron para abajo. Llegaron hasta el fondo y encontraron un pastizal lindo. ¡Ahí vivía y comía el carnero!

Anduvo como tres días con el animal de la pata y conoció todo bajo el lago. Hasta que al carnero le dio nostalgia de estar con las ovejas en el corral y tuvieron que salir.

FLAMINIO VERDUGO, Puerto Guadal —

¿Segundo Ramírez? Claro que lo conocí, muy rementiroso el hombre. Contaba que se había quedado chico de tanto quebrarse los huesos y que cuando era grande había vadeado el río Baker.

Decía que una vez agarró una caña de cicuta, se la puso en la trompa, se tiró al río y lo cruzó con la cañita asomándose, respirando por ella. ¡Mire la mentira que contaba!



PATRICIA MUÑOZ, Bahía Murta —

En Puerto Tranquilo había un viejito muy ladrón. Creo que se llamaba Guzmán, pero le decían Barullo. Un día se robó un chanco y llegaron los pacos a buscarlo:

—Barullo, nos dijeron que te robaste un chanco.

—No, no, no. Yo no tengo nada que ver.

—¿Y quién está acostado en tu cama?

Debajo de las pilchas se notaba un cuerpo. Estaba tapado con una frazada y tenía un sombrero en la cabeza.

—Es mi amigo Shenffer que está durmiendo.

—Despiértalo.

—No, si es tan pesado de sueño que no despierta. Shenffer, levántate, los carabineros quieren hablar contigo.

Lo empezó a intrusear con un palo, así lo movía. Y nada que se levantaba. Hasta que los pacos dijeron:

—Bueno, si está con resaca el caballero, déjelo que duerma no más tranquilito.

¡Qué se iba a levantar, si era el chanco el que estaba ahí acostado! ¡El Barullo se había comido una paleta en la noche y había metido el resto en la cama bien estiradito!

ELIECER VÁSQUEZ,
Puerto Eulogio Sánchez —

El Barullo tenía varias historias. Me acuerdo de que en una vuelta se robó una gallina y lo pillaron los pacos. Le gritaban por toda la calle central:

—Guzmán, ¿para dónde te llevai esa gallina, hueón ladrón?

—¿Qué gallina, mi cabo?

—La gallina que llevai bajo el brazo.

—¿Y esta gallina qué hace aquí? —dijo levantando el brazo.— ¿Esta cochiná no tiene dónde dormir que se me vino a meter acá? ¿Cree que soy gallinero yo? ¡Sal de mi brazo, gallina de miércale!

JORGE GATICA,
Puerto Tranquilo —

Esta me la contó uno que se vino a vivir a Tranquilo. Era de río Bueno, donde parece que son ladronazos.

Dice que en la víspera de San Juan un amigo le propuso que fueran a una fiesta a robarse un chanco —no ve que para los San Juanes antes engordaban chanchos—. Pero él se resistía porque pensaba que los iban a pillar.

—¡El chanco se va a poner a gritar y todos lo van a sentir!— decía.

—No, porque vamos a llevar una olla con comida y harto vino y se la vamos a dar. Y también vamos a llevar un sombrero y una manta.

Lo primero para emborracharlo y lo segundo no le dijo. Así lo convenció y se fueron a la fiesta. Se metieron al patio trasero donde estaba el chanco. «Cochi, cochi», lo llamaban mientras iban tirando la comida. Y, claro, el chanco partió corriendo y se lo mandó todo. Cuando vieron que se le había ido el vino a la cabeza, abrieron la puerta para sacarlo.

—¿Y cómo lo vamos a llevar?— le preguntó al amigo.

—Caminando.

—Pero lo van a ver.

—No, porque lo vamos a emponchar. Le vamos a poner el sombrero y la manta y lo vamos a agarrar uno de cada lado, tú por allá y yo por acá, para que vaya paradito.

Así atravesaron la casa, llevando al chanco disfrazado con una pata al hombro de cada uno, muertos de la risa.

—No es la primera vez que yo haya hecho este trabajo —le conversaba el amigo—. Así te podís robar cualquier cosa, emponchada nomás, caminando entre la gente como cualquier cristiano.

Hasta que se cruzaron con el dueño de casa y el chanco dijo: «Onk, onk, onk».

—¿Y a este qué le pasa?— preguntó el dueño.

—Va curado el amigo— le respondieron los dos. Y dirigiéndose al chanco:

—¿Para qué cresta tomaste tanto, tonto hueón?



ASÍ TE PODÍS ROBAR CUALQUIER COSA, EMPONCHADA NOMÁS,
CAMINANDO ENTRE LA GENTE COMO CUALQUIER CRISTIANO



NUVIA MUÑOZ, Bahía Murta —

Cuando mi primo Hugo era chico, fue con su familia a dejar una tropa a Coyhaique y a la vuelta, por el valle del Murta, se le cayeron las herraduras a su caballo. Para salir del paso, no hallaron nada mejor que cortar un árbol y hacerle unas de madera.

La cuestión es que al otro día se levantaron y el caballo no estaba por ninguna parte. Buscaron y buscaron, pero no lo pudieron encontrar. Así que se vinieron nomás. El Hugo se tuvo que volver enacado de la abuela.

Después de muchos años tuvieron que ir a dejar otra tropa a Coyhaique y alojaron en el mismo lugar donde se les había perdido el caballo. Y cuando estaban cortando leña sintieron un relincho. Miraron para todas partes, pero no había ningún caballo. No me va a creer que ahí el Hugo levanta la cabeza y ve a su caballo como cinco metros más arriba. ¡Le habían crecido las herraduras y había quedado en la punta de un árbol!

HERMINDA LEVÍN, Puerto Tranquilo —

Esta historia pasó por el Exploradores cuando no había camino. O sea, camino de caballos sí había, pero no carretero como hay ahora, entonces uno se demoraba semanas en ir y volver.

Pero el Jorge, mi marido, era un viejito caminador y andaba a pie para todas partes, así que se fue para Exploradores. Y cuando se le vino la noche buscó un lugar bueno para hacer campamento. Prendió fuego, se tomó unos mates y sacó sus ollitas para hacer la comida. Después fue a buscar agua al río y se sacó su reloj para no mojarlo porque era un reloj bueno, de esos antiguos, y se lo había regalado su abuelo. Lo colgó en un árbol chiquitito que había en la orilla.

Comió hartazo, se echó a dormir y nunca se acordó del reloj. Al otro día ensilló su caballo y partió. Y cuando ya había andado bastante se dio cuenta de que lo había dejado en el árbol. Pero qué iba hacer, ya estaba muy lejos: «Qué más –dijo– es solo un reloj», y siguió cabalgando.

Pasaron los años, no sé cuántos, como veinte, y el Jorge tuvo que volver a bajar al Exploradores. Paró junto al río y se puso a tomar mate debajo de un árbol grande. De repente, sintió tic-tac, tic-tac, y pensó: «¿Será mi cabeza la que suena?». Miró para un lado, miró para el otro y cuando miró para arriba vio su reloj en la punta del árbol. ¡El árbol había crecido y el reloj estaba encima! Agarró un palo, sacudió el árbol y recuperó su reloj. ¡Y me va a creer que no solo funcionaba, sino que además estaba a la hora!



JORGE GATICA, Puerto Tranquilo —

Había un viejo rementiroso que paraba en la misma pensión que yo. Un día se sentó a la mesa y me empezó a largar una tras otra, dele que dele.

—Usted no me va a creer a mí —decía—, pero esta historia no es nada mentira. Lo que pasa es que en esos años acá era muy nevador. Yo tenía como mil quinientas ovejas.

—¿Tantas?

—Sí, porque antes el que menos tenía tenía mil. Las ovejas se bañaban en agosto, era la costumbre de la gente. Una mañana llegué al corral como a las cuatro y empecé a bañar a mis ovejas. Como al mediodía el tiempo se puso malo y yo dije: «Capaz que nieve», y justo empezaron a caer esas plumillitas. Cuando me quedaban como doscientas ovejas, dije: «Para qué las voy a dejar para mañana, si va a estar levantando la nieve». Así que seguí, baña que baña. Cuando terminé ya había casi un metro de nieve y las ovejas estaban todas mojadas. Al otro día cambió

el tiempo y se largó la escarcha. Porque ¡no me va a decir que en ese tiempo escarchaba poco!

Así conversaba.

—Al otro día me levanté temprano porque yo soy madrugador y a las cuatro ya estaba tomando mate. Cuando empardó un poquito salí a mover las ovejas. Les pegué un chiflido para que salieran a comer. Pero seguían quietas, ninguna se movió. Yo dije: «¿Qué pasa?». Me acerqué y no me va a creer que estaban todas duras, paraditas, muertas todas.

Para entonces ya ni me estaba hablando a mí.

—Doscientas ovejas se me murieron escarchadas. ¡Usted no me va a creer! — se decía a él mismo. ¡Se estaba echando la mentira solo!

JORGE GATICA, Puerto Tranquilo —

—Yo le voy a conversar otra —me dijo ese mismo viejo mentiroso de la pensión—. ¡Pero no vaya a creer que es mentira! Esto me pasó hace años cuando tenía unos perros muy buenos, un perro y una perra que estaba preñada, pero no para parir enseguida. Estos perros eran leoneros, estaban acostumbrados a matar leones y yo andaba siempre atrasito de ellos. Un día salimos para el campo y encontramos el rastro de un león. Los perros lo siguieron y yo también. Nos metimos derecho a la cordillera. Cuando íbamos bastante arriba, la nieve me llegaba a la cintura. Ya no podía andar más. Así que me quedé mirando a los perros hasta que se me perdieron de vista. Después se me hizo tarde y me tuve que volver. Al otro día me fui a ver dónde podían andar, pero la nieve estaba más honda. Esperé dos semanas, un mes, porque a veces andaban diez o quince días matando leones y después volvían solos. Pero no aparecieron más. Perdí la esperanza de mis perros. Hasta que llegó la otra temporada, la primavera, la veranada, y la nieve empezó a bajar. La cosa es que yo conocía todo el campo como la palma de mi mano y me fui a la montaña otra vez. Ya había caminado hartito cuando vi unos perros. Dije: «¿No son mis perros los que están

ahí?». La perra ya estaba parida y había cinco o seis cachorritos.

Se quedó callado, miró para el cielo y después siguió:

—¡Estaban todos muertos, congelados y miraban para arriba! El perro, la perra y los cachorros mirando para arriba. Así que yo también miré para arriba. ¡Encima de una roca estaba el león mirando para abajo! ¡Lo tenían acorralado!

Se puso triste y sacudió los brazos.

—¡Eran tan buenos leoneros que hasta las crías se murieron congeladas tratando de matarlo!



DANIEL TORRES, Puerto Tranquilo —

Esta historia me la contó un viejito muy buena persona. Yo andaba buscando un bote para la venta, para llevarlo al Ofqui, y me dieron el dato de que en Murta Viejo había uno de aluminio tirado al lado de esa iglesia que está medio enterrada.

Así que agarré el caballo y me fui a verlo. Estaba en buen estado, pero no pillé a nadie que me dijera si tenía dueño. Me tuve que ir a Murta Nuevo a preguntar por el bote. Ahí encontré a un viejito que me dijo que estaba abandonado desde 1977, cuando el río Engaño inundó el pueblo y se llevó animales, casas, todo. ¡Se largó a contar!

—Una noche —dijo— estábamos durmiendo y nos despertó un tremendo ruido, un estruendo como si se estuviera cayendo el cielo. Eran los animales que se habían vuelto locos porque el río estaba creciendo, crecía y crecía. Me asomé a la puerta y vi que mis vecinos sacaban sus casas al río, las subían a los botes para hacerlas flotantes. Mi viejita estaba a punto de parir, así que le dije que se quedara adentro mientras yo subía nuestra casa a uno prestado porque yo no tenía.

¡Todo eso me contaba y yo solo le había preguntado por el dueño del bote!

—Y me va a creer que cuando íbamos a mitad de camino —siguió— nos pescó el viento y nos arrastró por el lado de Sánchez. Nos

dejó en una playa de las islas Macias, esas a las que les dicen Panichini. Y qué íbamos a hacer. Buscamos unos palos, hicimos fuego y seguimos con nuestra vida normal. Como un mes estuvimos. Fue un tiempo bueno, no ve que en la isla hay leña, cordero, todo. Pero mi hijito nació enfermo y tuvimos que regresar. Agarré las cortinas de la casa y le hice unas velas y con las vigas armé un par de remos. Cuando hubo viento norte nos fuimos navegando. Pero como el viento en el lago es traicionero vinimos a caer aquí a Murta Nuevo. Por eso tengo mi campo en el pueblo antiguo y mi casa acá, donde la está viendo.

Ahí aproveché y le dije:

—¿Entonces el bote no es suyo? ¿Me lo podrá llevar?

—No, gauchó, no es nada mío. Debe de haber sido de alguien que se murió en la inundación. Llévselo nomás, los botes son como la tierra: son de quien los trabaja.

Era mentiroso el viejito, pero buena persona.

CAMILO ZAPATA, Valle Simpson —

Mi abuelo paterno, don Amador Zapata, contaba que fue llamado al mundial de Inglaterra como el único jugador de la región de Aysén.

Decía que el equipo empezó jugando de menos a más, cada vez mejor, y fueron clasificando, clasificando, hasta que Chile llegó a la final, que era contra Brasil. Pero, como don Amador era tan habilidoso, en todos los partidos lo agarraban a patadas. Así que cuando llegó el gran día el técnico le dijo: «Mira, Zapata, solo vas a jugar los últimos minutos porque estás muy golpeado. Te voy a guardar para el final».

¡Y empezó el partido, Chile vs. Brasil! Los brasileños agarraron la pelota y nos hicieron el 1 a 0 al tiro. Después se pusieron a tocarla y no la prestaron más. Quedaban cinco minutos y el público empezó a gritar «¡Zapata, Zapata! ¡Que entre Amador Zapata!», porque mi abuelo era como la estrella del mundial.

Entró cuando quedaban como treinta segundos. Agarró la pelota en la mitad, se pasó a uno, a dos, la

echó a correr y se llevó tres en velocidad, drible a otro y justo cuando estaba en el área ¡tremenda patada que le pegaron! Casi lo quiebran, no se podía mover del dolor. Así que el árbitro tuvo que cobrar penal nomás. Y todos querían patear porque era la última jugada del partido e íbamos perdiendo 0 a 1. Pero el técnico dijo: «No, no, no, a Zapata se lo hicieron y Zapata lo va tirar».

Entonces don Amador puso la pelota en una champita media levantada, tomó tres pasos para atrás, tres para adelante y le mandó el sequinazo con toda el alma. Y no me va a creer que fue tan fuerte el chute que la pelota se partió en dos. Una mitad entró por la derecha, la otra por la izquierda y el arquero quedó parado en medio. ¡Ganamos 2 a 1 el partido! ¡Salimos campeones del mundial!



TOMO TRES PASOS PARA ATRÁS, TRES PASOS PARA ADELANTE
Y LE MANDÓ EL SEQUINAZO CON TODA EL ALMA

CAMILO ZAPATA, Valle Simpson —

Este abuelo mío, don Amador Zapata, cuidaba un campo atrás de laguna Foitzick y tenía un poni chiquitito, medía como un metro nomás y era livianito y saltador.

Como era tan bueno para saltar lo invitaron a un campeonato en Santiago y ganó al tiro. Entonces lo mandaron al mundial de salto que iba a ser en Inglaterra. La cosa es que llegó y todos se reían de él porque era tan chiquitito que pasaba por debajo de las patas de los otros caballos.

Empezó la competencia y fueron saltando todos los países del mundo: un metro ochenta, un metro noventa, dos metros. A don Amador lo habían dejado para el final solo para molestarlo. Y cuando le tocó le preguntaron:

—Y, usted, ¿cuánto quiere saltar?

—¿Cuánto es el récord aquí?

—Dos metros han saltado.

—Ya, póngalo en dos metros y medio nomás, para qué vamos a saltar tanto.

Y ahí cuenta que se fue a ver la vara, echó diez pasos para atrás y le mandó las espuelas al petiso. Dice que le saltó en el aire, ni tocó

la vara, le sobró un metro para arriba. Entonces ve que la reina de Inglaterra se tira estadio abajo para abrazarlo.

—Zapatita, Amador, ese caballo tuyo es fantástico, *wonderful*— le decía, agarrada de su cogote.

—No vaya a pensar, señora, si todo va en la doma.

—Por favor, quedate a domar mis caballos, quiero que tú arregles mis caballos, *please*.

—Usted no me va a creer, oiga, pero yo tengo un trato con un vecino de laguna Foitzick. Quedé de levantarle un cerco y le di la mano y todo. Y, como la palabra vale allá en la Patagonia, me tengo que ir nomás, no me puedo quedar.

Por eso viajaba tanto mi abuelo, era muy profesional.



ELIECER VÁSQUEZ, Puerto Sánchez —

Esta es la historia de cómo Pedro Abarzúa llegó al Engaño. Me la contó él mismo, no ve que es buenazo para la mentira.

Su papá era del norte, no sé de dónde, de Osorno tal vez. Un día le dijo: «¡Nos vamos para el sur a buscar un campo!». Pedro era chiquitito y en ese tiempo no había aviones, así que el papá agarró una vaca, la carneó y se metieron los dos adentro del estómago.

De repente, empezaron a llegar los cóndores a comerse las tripas: uno, dos, tres. Cuando había como diez, el papá le dijo: «¡Agárrate firme de las tripas!», y pegó un grito que los cóndores salieron disparados. «Amigo, nos fuimos volando agarrados de las tripas», decía el Pedro.

Cuando ya los cóndores se habían comido todo el tripal, Pedro y su papá tuvieron que tirarse nomás. ¡Y justo fueron a caer en el valle del río Engaño!



GRISELDO MANRÍQUEZ, Puerto Tranquilo —

Esto le pasó a un poblador de Bahía Exploradores.

El hombre venía hacia Tranquilo, en la época en que no había camino. Llevaba varios días andando y le tocó la mala pata de que se le cansó el pilchero justo cuando tenía que cruzar el río La Huemula. Intentó que partiera dándole unos rebencazos, pero el animal no se quería mover. Así que no le quedó más que sacar sus cosas, dejar el caballo y ver cómo hacía para cruzar.

Estuvo un buen rato pensando cómo bandear el río sin que se mojaran sus cosas porque, pucha, llevaba dos chiguas, el soborno y otra carga arriba. ¡Andaba trayendo de todo! No hallaba qué hacer, hasta que dijo: «Voy a enlazar un salmón». No vaya a creer que es mentira, allá en La Huemula salían salmones grandes. De once, doce, hasta quince kilos saqué yo una vez.

Y el hombre enlazó uno enorme. Trató de ponerle las trabas para ensillarlo, pero, como el salmón no

tiene patas, no pudo. Así que lo ahorco nomás. Le puso la montura, las pilchas, lo cinchó bien cinchado y se largó para el río. Y dice que llegó con la carga sequita, no ve que el salmón iba medio ahorcado, entonces andaba paradito.

El problema fue que el salmón, como buen pescado, se siente extraño fuera del agua y cuando llegaron a la orilla se puso bellaco, comenzó a corcovear y empezó a desensillarse porque es de piel resbalosa. Y, de tanto corcovear, la carga se le encogoteó, o sea, se le fue al cogote, el salmón se dio la vuelta y la mandó al río.

Así que el hombre volvió a quedar sin pilchero, pero esta vez del otro lado y con todas sus cosas mojadas.

JORGE GATICA,
Puerto Tranquilo —

Allá en La Huemula antes corría mucha agua y salían unas truchas enormes. Pero, de repente, vaya a saber por qué, se secó. Y, como las truchas estaban acostumbradas a ir contra la corriente, se empezaron a salir en las partes con menos agua y a irse por el seco caminando.

Yo una vez me encontré como a doscientas truchas pastando en la naciente del río.

JORGE DÍAZ, Coyhaique —

Esta historia me la contó don Bene de Balmaceda y él se la atribuye como protagonista.

Resulta que en la época del cincuenta la gente de la región se mandaba a decir las cosa por radio, porque no había internet ni teléfono ni locomoción. Ni carreteras había. Eso está bastante investigado.

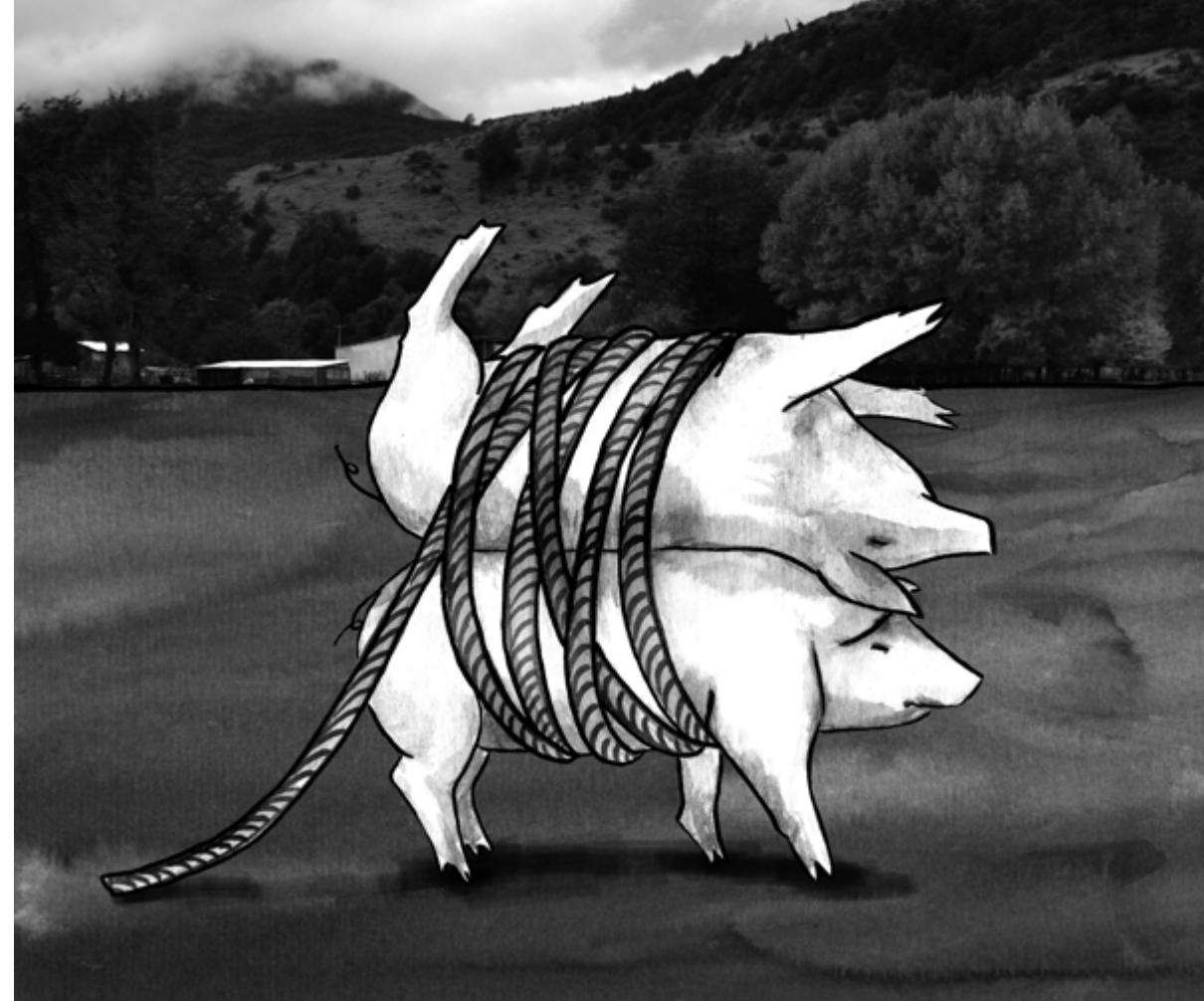
Entonces, un día don Bene estaba tomando mate y escuchó un recado para él: «Bene, tu compadre dice que partas lo más pronto posible a Coyhaique porque pasado mañana va a hacer una fiesta. Píde que le lleves dos chanchos y que no se te olvide el catre para la cama de su suegra».

Eran como dos días de viaje en ese tiempo desde Balmaceda hasta Coyhaique. Así que don Bene agarró sus pilchas al tiro, a duras penas puso las maderas del catre arriba del caballo y dijo: «¿Cómo voy a llevar los chanchos si tengo un solo caballo?».

Se preocupó, quedó mirando un buen rato los chanchos y de repente ¡no me va a creer que se le

ocurrió la solución! Agarró una cincha que usaba para las monturas, subió a un chanco arriba del otro, los colocó espalda con espalda, los amarró bien firme y los puso a caminar. Y cuando veía que uno estaba cansado, se bajaba del caballo, los daba vuelta y seguían el viaje.

Don Bene recorrió sesenta y tantos kilómetros de esa manera. ¡Y llegó Coyhaique con el catre para la suegra y dos porcinos para la fiesta!



QUEDÓ MIRANDO UN BUEN RATO A LOS CHANCHOS Y DE REPENTE
¡NO ME VA A CREER QUE SE LE OCURRIÓ LA SOLUCIÓN!



JUAN DEL CARMEN FERREIRA, Puerto Guadal —

Esta historia es bien encachada. Es sobre los chulengos, las crías de los guanacos que antes se cazaban mucho por acá.

Un caballero de aquí de Guadal salió para los cerros. Como arriba hace frío, se fue bien abrigado con su mantita de huaso. Andaba caminando atento para cazar cuando encontró dos chulengos. Se mandó una buena disparada, pero le achuntó a uno solo y ni siquiera lo mató. Lo dejó aturdido nomás. Así que le pegó con un palo en la cabeza, lo cubrió con su mantita para encontrarlo después y se fue a perseguir al otro.

Anduvo y anduvo hasta que lo perdió de vista. Decidió volver, total, ya tenía uno. Pero me va a creer que no estaba por ninguna parte, no lo podía pillar. «Qué raro —dijo— seguro me salí del camino. Qué le vamos a hacer, me voy nomás».

La cosa es que como dos años después volvió para los mismos cerros y de repente se le cruzó un guanaco vestido huaso. ¡El bicho se había hecho el muerto y ahora de grande seguía usando su manta!



ELIECER VÁSQUEZ, Puerto Sánchez —

Esta me la contó mi compadre el gaucho Beto y es de cuando salió a pescar al lago Bertrand con un amigo de él.

Dice que estaba tan buena la pesca que no se dieron cuenta y los agarró la noche. No había luna y el cielo estaba nublado. Estaba tan oscuro que se perdieron. ¡No se veía dónde terminaba el lago y empezaba la tierra!

La cosa es que remando despacito encontraron la orilla. Se bajaron, agarraron las cuerdas y así, a tientas, reconociendo las cosas con la mano, ubicaron una especie de raíz y amarraron el bote. Caminaron un poquito, hicieron fuego, tomaron mate y se fueron a dormir.

Al otro día se levantaron bien temprano y partieron a buscar el bote, pero no lo pudieron pillar. Ahí mi compadre Beto vio una huella, como una cunetita de sembradío, y le dijo al amigo: «Vamos a seguir esta cuneta».

Caminaron como media hora para adentro hasta que se encontraron con un buey. ¡Estaba pastando de lo más tranquilo con el bote amarradito a una de las astas! ¡La raíz era el asta y el buey andaba con el bote a la siga!



ESTEBAN YÁÑEZ, Bahía Murta —

Esto le pasó al viejo Dionisio de acá de Murta, que es buenazo para las mentiras.

Contaba que tenía un lazo muy bonito que se lo había hecho un tío de él. Entonces, lo cuidaba hartito, lo engrasaba todos los días, con grasas que sacaba del estómago de la vaca, de la oveja, de estas partes de las costillas.

Resulta que un día salió a tratar sus animales y vio que un zorro se estaba comiendo el lazo. Se acercó despacito y vio que a medida que lo comía lo pasaba por el estómago y lo sacaba por las fecas. Entonces agarró la presilla antes de que la engullera, la limpió con pasto porque estaba medio sucia y pegó tal grito que el zorro salió disparado. ¡Se le atravesó la presilla en el hocico y se dio vuelta sobre el lazo! Le quedaron los chunchulines boyando.

¡Esa sí que es mentira!

ELIECER VÁSQUEZ,
Puerto Sánchez —

Esto le pasó a mi compadre Beto, que era buenazo para cazar leones.

Un día pilló un león negro y lo empezó a seguir. El león era rapidísimo y se iba para los cerros. Pero mi compadre fue persistente y lo siguió por días. Le disparaba y le andaba a la siga sin darle descanso. No lo dejaba comer ni tomar agua.

Como a la semana el león ya estaba tan debilitado, tan sediento, que no pudo más. Mi compadre se acercó despacito sin hacer ruido y, amigo, ¡le agarró la lengua y lo dio vuelta entero!



ELIECER VÁSQUEZ, Puerto Sánchez —

¡Era bueno para la mentira ese tal Cuevas!

Una vez contó que tenía una crianza de pollos y un invernadero con zapallitos italianos, de esos como pepinos, grandotes, aunque recién sembrados. Un día se le perdió un pollo y, aunque lo buscó por todas partes, no lo pudo encontrar.

Como dos meses después estaba tomando mate en la mañana y de repente escucha un gallo cantar. Sale a ver dónde estaba ese gallo, mira para todos lados, lo busca en la chacra. A lo que canta de nuevo, se da cuenta de que el sonido viene del invernadero. Entra, agarra uno de sus zapallos —«uno de los medianos no más», decía porque era muy creído de sus pepinos—, lo abre y encuentra al gallo adentro. ¡Era el pollito perdido que había crecido adentro del zapallo!

FELICIANO DELGADO,
Mallín Grande —

Allá en el Baker había un tal Cuevas que era sembrador. Cuando andaba por cabo Coyhaique, buscaba un pedacito de tierra y se ponía a sembrar porque ahí nadie sembraba nada y estaba toda la tierra botada. La verdad es que era un agricultor experto.

Imagínese que tenía una chacra chiquitita con papas y, cuando se la fantaseaba con los vecinos, ellos le decían: «Qué van a ser papas esas, puras malezas no más son». Pero era tan buen agricultor que una vez yo tuve que cruzar el Baker y mis caballos pasaron a buscar una mata de papas que había al otro lado. ¡Eran las papas de Cuevas! ¡Su guía había vadeado el río y ahora había papas por el frente!



MARIO GONZÁLEZ, Coyhaique —

Esta historia le pasó a don Daniel Foitzick, un gringo estanciero de Fachinal. El caballero era conocido por ser muy buen jinete, pero también porque era requetedistraído.

Una vez iba atravesando el paso Las Llaves en su caballo alazán, el más precioso que tenía, y de repente se desbarranca con caballo y todo para el lago. Imagínese, ¡como quinientos metros para abajo!

Por suerte era un jinete experimentado y alcanzó a reaccionar. Apretó al animal con las piernas y se agarró de la ramita de un árbol que se asomaba en el acantilado. Le hacía empeño para no caerse, hacía fuerza con las piernas para no perder a su caballo. Pero ya pasada media hora no aguantó más y lo soltó. Don Daniel logró salvarse, pero el alazán se sacó la cresta allá abajo.

Ya recuperado, don Daniel fue a ver cómo había quedado su caballo. Lo encontró después de estar un día entero bajando por el barranco, pero sin cabeza. No se preocupó. Como era entendido en caballos, ahí mismo se la cosió al cogote. El animal quedó vivo, pero no me va a creer que al quinto día se murió hambre. ¡Le había cosido la cabeza al revés y el pobre no podía pastar!

PATRICIA MUÑOZ,
Bahía Murta —

Esta historia es verdad, no es nada mentira. Es la historia de cómo al tío de mi marido, don Carlos Cárdenas, le pusieron el mote de Leonero.

Don Carlos vivía en Aysén, pero en el campo. Allá tenía una chocita de puro palo parado, un campamento. Hallaba bonito vivir ahí, pero había un león que lo visitaba todas las noches y él tenía miedo de quedarse dormido porque se lo podía comer.

Ya choreado por la falta de sueño, dijo: «Esto no da para más, tengo que cazar a ese león». Entonces agarró sus pilchas, se fue para el pueblo y compró una garrafa de vino. En ese tiempo salían esas de cinco litros, las damajuanas.

Así es que, ya, pescó la damajuana, agarró la fuente más grande que tenía, la llenó con vino y la puso afuera de la choza. En la noche, como estaba en vela, sintió que andaba merodeando el león. Se puso atrasito de la puerta y escuchó que el animal estaba métale tomándose el vino. Y después un silencio

total. Pensó que tal vez se había ido, pero asomó la cabeza por la ventana y lo vio tirado durmiendo la mona guata para arriba.

«Esta es la mía! —pensó—. ¡Aquí cazo a este león!». Abrió la puerta, se acercó despacio, lo movió con una escoba, le tiró un choco, y el león nada. Así que lo agarró, lo amarró de las cuatro patas como a un cordero, se lo torció al hombro y se fue al pueblo. Para puro mostrarse y decir que había cazado un león. Y qué, si ni lo había matado. Estaba borracho nomás. Pero la gente pensó que estaba muerto y le pusieron el Leonero. Así lo conocían todos en Aysén. Nunca más fue Carlos Cárdenas, sino que era el Leonero.



Y QUÉ, SI NO LO HABÍA MATADO. ESTABA BORRACHO NOMAS



LUIS AVILÉS, El Furioso —

Esto me pasó cuando era muchacho, tendría unos quince años. Yo era muy dormilón y mi papá me mandó a buscar un caballo al campo, por allá arriba en las montañas.

Yo andaba a pie con un perrito chiquitito y un cuellito al hombro, tratando de encontrar al caballo por los cerros. Llevaba harto rato buscándolo y, como no lo hallaba, me acosté un ratito a descansar y me dormí.

Hasta que mi perrito toreó. Abrí los ojos y vi un león al lado mío. Mi perrito ya no estaba, se lo había comido el león. Dije: «Si me levanto, este león me agarra, me salta encima y me come también». Así que me quedé tiradito, me hice el muerto nomás, quietito, sin moverme.

El león me empezó a oler los pantalones, la cara, por todos lados me trajinaba, pero yo quietito. De repente, me pescó del cuellito con el hocico y me llevó para un monte, un campón, una quebrada que

estaba por ahí. Hizo un hoyo grande y me enterró. Me tapó con basura, con palos, con ramas, con todo lo que halló, el muy desgraciado. Yo tenía un cuchillo chiquitito y ganas me daban de sacarlo y mandárselo, pero no me atrevía, no ve que el león es muy rápido.

La cosa es que me tapó bien tapado, todo lo que encontró me lo echó encima y empezó a rugir. Estaba llamando a sus cachorritos para que vinieran a comerme, pero ellos no lo escuchaban porque estábamos muy lejos en el monte. Siguió rugiendo un rato y, cuando ya cachó que no pasaba nada, no le quedó más que bajar a buscarlos.

Ahí dije: «Ya, Lucho, deja de hacerte el muerto y levántate». Me desenterré con la ayuda de mi cuchillito y me fui corriendo lo más rápido que pude. En la mitad del camino paré a ver si el león no venía a mi siga. Estaba mirando para donde me había enterrado y yo también lo estaba viendo a él, pero me fui corriendo nomás y así me salvé.

ESTEBAN YÁÑEZ, Bahía Murta —

Esta es una mentira de Abel Culinao, un hijastro del finado Poli Culinao, al que se le vino el campo abajo.

Dice que estaban en el río O'Higgins cuando al gringo Bagner, que era dueño de una estancia por allá, se le ocurrió montar un toro. Ese gringo no sabía hacer nada del campo, pero se creía huaso y le gustaba tirar pinta.

La cosa es que tenía un sombrero lindo, lindo y, para que no se le cayera, se lo amarró bien amarrado. Agarró los fiadores, los trenzó y apretó bien firme.

Dice el Abel Culinao que el gringo se subió al toro y el animal salió métale cuesta arriba. Corcovando y balando se mandó para los cerros por donde es montañoso y el río levanta puro hielo. Todos salieron a la siga, pero el animal se perdió con el gringo montado.

Y, pucha, buscaban y buscaban. Miraban en el hielo, en las rocas cerca del río y nada. Cuando lo habían dado por perdido, al Abel Culinao le dio por mirar al cielo y no me va a creer que ahí estaba.

¡Colgando de la rama de un árbol! Ellos lo estaban buscando por abajo y el gringo estaba esperando por arriba. Se le había atravesado una rama en el sombrero y se le había mandado un gancho de palo. ¡Como se había apretado tanto los fiadores, estaba medio ahorcado y no podía gritar! ¡Tres días estuvo el gringo colgando del árbol!



TENÍA UN SOMBRERO LINDO, LINDO Y, PARA QUE NO SE
LE CAYERA, SE LO AMARRÓ BIEN AMARRADO



CAMILO ZAPATA, Valle Simpson —

Yo me crié en el valle Simpson con mi abuelo materno, don Osvaldo Troncoso. Esta me la contó él. Dice que un día de invierno bien temprano en la mañana estaba tomando mate y sintió que los perros ladraban demasiado. Como él tenía ovejas se preocupó, se mandó el cuchillo a la espalda y salió a ver qué estaba pasando.

Mientras comprobaba que las ovejas estaban bien y los perros seguían atados, sintió un tremendo ruido, un rugido que venía de los cañadones. Intrigado, empezó a caminar y de repente vio que lo venía siguiendo un tremendo león. En un segundo analizó todas sus posibilidades: los perros no lo podían ayudar porque estaban amarrados y ya estaba muy lejos para volver a su casa. ¡Tenía que meterse al bosque, no quedaba otra!

Se puso a correr lo más rápido que pudo, pero los rugidos se sentían cada vez más cerca. El león se lo iba a comer vivo, no tenía escapatoria. Entonces

levantó la vista y vio como un arco delgado al final del cañadón, de unos doscientos metros de alto, todo de hielo. Era una cascada escarchada por el invierno.

No la pensó dos veces y corrió hasta el chorro congelado. Se subió y empezó a trepar. Cuando iba por la mitad, miró para abajo y no me va a creer, amigo, que el león venía a la siga. Sacó el cuchillo, cortó la cascada y el animal se sacó la mierda. ¡Así se salvó mi abuelo materno!

MENTIR Y HABITAR LA PATAGONIA

Las mentiras populares de la Patagonia poco tienen que ver con el problema de la verdad. Desde luego, el límite entre verdad y mentira o, más bien, entre lo creíble y lo fabuloso está presente, pero más en una dimensión lúdica que trascendental. Herminda Levín cuenta que cada vez que Juan Segundo Ramírez terminaba una de sus increíbles historias sentenciaba: «Compañerito, usted no me va a creer. Puede creer que es mentira. ¡Pero es la pura verdad!». Tras de ello, más que el asombro, venían las carcajadas.

Si tenemos que hacernos cargo de que esta expresión sea catalogada de *«mentira»*, no debemos tratarla como un engaño, un acto en que el mentiroso obra conociendo una verdad que oculta a su auditorio, es decir, como diría Montaigne (2001), en contra de su conciencia y a riesgo de ser descubierto. Por el contrario, calificarla de «mentira» solo tiene sentido si la entendemos como mentira colectiva y, por tanto, compartida por una comunidad particular en un espacio específico.

Existe una estrecha relación entre un territorio, una comunidad y una práctica centrada en la oralidad. Así, no es de extrañar que haya quienes afirman que las mentiras populares de la Patagonia son el resultado de una geografía aislada, la cual despierta la imaginación de sus habitantes. Por ejemplo, Danka Ivanoff apunta: «Antiguamente en Aysén, cuando la soledad era absoluta, los temas de conversación se agotaban al poco de andar y así el hombre de campo comenzó a contar mentiras». Estas mentiras se diferencian de lo que la literatura llama «contadas», pues al analizar las primeras uno descubre que lo que narran es

imposible. «La contada», en cambio, siempre se refiere a un hecho cierto, en el que el relator se pone como protagonista (Ivanoff, 2001: 109).

En este sentido, las mentiras de la Patagonia se vinculan con el habitar, con la creación de una red productora de significado, la cual se encuentra geográficamente localizada y ha forjado en su cotidianeidad una práctica patrimonial.

Las mentiras populares de la Patagonia coinciden con lo que Ignacio Mendiola y Juan Miguel Goikoetxea señalan respecto a las mentiras colectivas:

Habría que hablar de esas mentiras colectivas que nos dicen el sentido de aquello que (nos) acontece, esas mentiras que nos hemos construido, pero sobre las que nos posamos para seguir diciendo y haciendo, esas mentiras que enhebran las tramas narrativas que confieren sentido al vivir. [...] Mentimos, en un sentido más profundo, no tanto como respuesta a una intencionalidad previa fielmente diseñada, sino por mera necesidad, por la urgencia de un refugio en el que poder habitar (Mendiola y Goikoetxea, 2014: 3).

Aunque esta imperiosidad del habitar podría pensarse como una característica universal, hay elementos de la propia geografía patagónica que invitan a activar la imaginación de quienes la moran y transitan. Así, quizá con más fuerza que en otras latitudes, en la Patagonia las mentiras populares se encuentran vinculadas al paisaje, entendido como una operación humana sobre la naturaleza supuestamente autónoma. La mentira popular es, de algún modo, el producto de una relación entre el habitar y el recuerdo, entre el transitar y la evocación. Así lo entendió el naturalista Charles Darwin, al preguntarse por los recuerdos que despertaba en él la región de Magallanes.

Al evocar imágenes de lo pasado veo cruzar a menudo ante mis ojos las llanuras de Patagonia, y, con todo eso, están generalmente consideradas como yermas e inútiles. Sólo pueden ser descritas por los caracteres negativos: sin viviendas, sin agua, sin árboles, sin montañas, sin vegetación, fuera de algunas plantas enanas. ¿Por qué, pues y no soy el único a quien esto le sucede, por qué estos áridos desiertos han echado tan profundas raíces en mi memoria? ¿Por qué no hacen otro tanto las verdes y fértiles Pampas, superiores a las extensiones patagónicas en las cualidades apuntadas y en dilatarse más a nivel y producir mayores beneficios al hombre? Difícilmente puedo analizar estos sentimientos; pero en parte dimanar del libre campo dado a la imaginación. Las llanuras de Patagonia son sin límite, apenas se las puede franquear, y, por tanto, desconocidas; llevan el sello de haber permanecido como están hoy durante larguísimas edades, y parece que no ha de haber límite en su duración futura (Darwin, 1921: 355-6).

No sería aventurado plantear que las mentiras populares emergen para hacer frente a esa incertidumbre y desconcierto que despierta la Patagonia en la conciencia de Darwin. Dejados al albedrío de la imaginación, el naturalista no logra darles sentido a los recuerdos de un territorio que aparece ilimitado, apenas franqueable y desconocido. Así, podríamos pensar que la mentira colectiva (que probablemente Darwin no conoció), es una forma de transformar la naturaleza milenaria en paisaje, cartografiándola y haciéndola habitable.

LA MENTIRA COMO MAPA

Los folcloristas nacionales han prestado más atención al cuento que a la mentira. Aunque ambas expresiones forman parte de la tradición oral popular, se diferencian radicalmente en su contenido. Mientras que el cuento se vincula con una tradición eurocéntrica, poblada de reinas, príncipes y castillos, la mentira se enraíza en la realidad local, donde los protagonistas son personas de carne y hueso, muchas veces en cuerpo presente al momento de contar el relato.

Gastón Soubllette ubica el cuento tradicional chileno en la misma genealogía del cuento francés del siglo xvii y de las recopilaciones de Andersen y los hermanos Grimm del siglo xix. Así, para el autor, los cuentos maravillosos de la tradición oral chilena, aunque poblados de particularidades, son parte y reflejo de una «sabiduría universal» (Soubllette, 2013). Por su parte, como indican Nelson Huenchunir y Patricio Segura, las mentiras de la Patagonia «se refieren a relatos inverosímiles que se cuentan en las reuniones y donde normalmente el relator es el protagonista de una increíble hazaña» (Segura y Huenchunir, 2010: 128).

A pesar de esta diferencia, mentiras populares y cuentos folclóricos comparten algunos elementos estructurales. Fidel Sepúlveda ha utilizado la metáfora del mapa para referirse al cuento tradicional: el cuento folclórico, afirma, «es como un mapa donde rastrear las recurrencias de la comunidad: rastrear los caminos y recodos por donde anda, desde donde habla» (Sepúlveda, 2012: 39).

Si la trama entre paisaje, geografía, comunidad y oralidad a que nos referimos funciona, podríamos decir que las mentiras populares chilenas operan —quizá

con mayor fuerza y literalidad que los cuentos— como un mapa de la comunidad. En este sentido, las mentiras que recopila este libro hablan del paisaje (del valle Simpson, del río Murta), de la flora y la fauna patagónicas (papas, zapallos, cóndores, salmones, ovejas), del poblamiento de la cuenca del General Carrera (cómo Pedro Abarzúa llegó al Engaño), de personajes famosos (Segundo Ramírez o el Barullo), de acciones e imaginarios gauchos (jinetear, carnear, pescar), entre muchas otras cosas. Así, leer estas mentiras puede ser una forma de conocer la topografía de la Patagonia y los imaginarios que la pueblan.

La noción de mapa permite abordar una segunda dimensión que emparenta cuento tradicional y mentira popular. Si estas expresiones dan cuenta de un mapa es porque mantienen una unidad en su diversidad expresiva. Como afirma Fidel Sepúlveda, no hay un texto para el cuento:

Hay muchos textos. Miles, millones de variantes donde la vida anda buscando decir lo suyo de acuerdo a su experiencia del aquí y el ahora [...]. Cada cuento es una frase de un gran relato de la vida de la comunidad. El cuento largo es el conjunto de relatos que mantienen viva la memoria de una cultura. Este corpus vive, se crea y se recrea en una experiencia de comunidad (Sepúlveda, 2012: 41).

Algo similar ocurre al revisar las mentiras populares de la Patagonia. Una mentira puede poseer diversas variaciones según quién la cuente. Por ejemplo, la de Nuvia Muñoz (de Bahía Murta) problematiza el transcurso del tiempo mediante la imagen de un caballo cuya herradura de madera se transforma en un árbol y lo deja en la copa al cabo de los años, mientras que, en la versión de Herminda Levín (de Puerto Tranquilo), es un reloj el que termina allá arriba tras

ser olvidado en una rama cuando el árbol aún era pequeño. Dispersas en un gran territorio, pequeñas variaciones van construyendo una trama densa que vincula localidades, personajes y prácticas dentro de una misma geografía.

Esta propiedad que comparten cuento y mentira ya había sido identificada en 1958 por Claude Lévi-Strauss para los mitos, y extendida a toda la literatura oral:

Se ha preguntado con frecuencia por qué los mitos, y en general la literatura oral, hacen un uso tan frecuente de la duplicación, la triplicación o la cuadruplicación de una misma secuencia. Si se aceptan nuestras hipótesis, la respuesta es sencilla. La repetición cumple una función propia, que es la de poner de manifiesto la estructura del mito (Lévi-Strauss, 1995: 251).

Al recorrer la cuenca de lago General Carrera y escuchar las mentiras que relatan sus habitantes, no es difícil pensar que la hipótesis planteada por Lévi-Strauss para los mitos es perfectamente aplicable a las mentiras populares. Su adición y repetición hacen que el oyente perciba que está frente a un sistema de significados consistentes, que forman una trama tupida del imaginario tradicional patagón.

MENTIRA Y MITO

Podría decirse que la mentira cumple en la Patagonia ciertas funciones míticas o, más bien, que mito y mentira se tienden a confundir. Desde el punto de vista eurocéntrico, la geografía patagónica hizo que una serie de relatos emergieran tempranamente en el territorio. Ya Pedro de Valdivia tuvo noticias de la Provincia de Sal y Trapananda o Saltrapananda, una región «rica y abundante en vituallas» ubicada en algún lugar al sur del continente (Martinic, 2004: 50). Durante la conquista y la colonia temprana, Trapananda operó bajo dos registros: por una parte, constituyó junto con Chiloé la región Patagónica —nombre con que se conoció el territorio de la futura Aysén—, pero, por otra, evocó desde el siglo XVI el imaginario de una ciudad encantada.

Otro nombre con que se conoció Trapananda fue la Ciudad de los Césares. Mateo Martinic (2004) identifica tres relatos que confluyeron durante el siglo XVI en este mítico lugar de la región de Aysén. Mientras algunos afirmaban que su origen estaba en una población incaica que había huido tras la conquista del Perú, otros indicaban que debía su nombre al capitán Francisco de César —miembro de la expedición de Sebastián Caboto—, que había descubierto inmensurables depósitos de oro, plata y piedras preciosas. Por último, una tercera fuente aseguraba que la ciudad había sido construida por un grupo de hispanos rescatados de un naufragio por los patagones. Independientemente de su origen, la fantasía terminó por consolidarse:

Bien avanzado el siglo se contaba sobre una ciudad espléndida, situada en el interior de la Tierra Magallánica, a orillas de un gran lago sobre la falda oriental de la cordillera de los Andes. Estaba poblada, así se afirmaba, por cristianos españoles que poseían el don de la inmortalidad y que tenían tanta riqueza que sus utensilios, armas y herramientas, aun las rejas de sus arados, eran de oro puro (Martinic, 2004: 54).

Hacia fines del siglo xvi, el interés por la Patagonia era tal que el procurador de Santiago, Domingo de Erazo, escribió al rey de España para que autorizara al gobernador de Chile a «descubrir las Provincias de Trapananda y los Césares que están juntas a Chile y las divide una sierra nevada» (en Martinic, 2004: 55). Su acceso, sostenía, «debía encontrarse por un grandísimo brazo de mar que divide y atraviesa la dicha cordillera nevada hasta los llanos de la parte del este de los dichos Césares» (en Martinic, 2004: 55). Mateo Martinic considera que la descripción se refiere al río Baker, cuyo origen está en el lago General Carrera cerca de la localidad de Puerto Bertrand. Sin embargo, más allá de la ubicación exacta, lo que nos interesa es el vínculo entre la región de Aysén, su territorio, su geografía y la emergencia de un relato sorprendente y seductor, que permite que se desenvuelva una imaginación poderosa y creativa: «En parajes donde no hay nada, todo es posible [...]. Con grados mayores o menores de aceptación, la existencia de Césares irá apareciendo, además, en las principales historias del siglo xvi y durante el xvii. Acosta (1590) la consigna a propósito de “la tierra que se ignora”, dando a entender que es una elucubración fantasiosa» (Jocelyn Holt, 2004: 121-2), es decir, una mentira.

Es interesante constatar como este recurso mítico se desplazó del territorio a los habitantes de la Patagonia. Progresivamente, lo fabuloso y lo fantasioso dejaron de referirse a un lugar (la Ciudad de los Césares, Trapananda) y pasaron a convertirse en características de su población. Para algunos viajeros europeos que visitaron la Patagonia a comienzos del siglo xx, la mentira es algo propio de sus pobladores, una dimensión lúdica de las relaciones que establecen con los «otros», particularmente, los incautos foráneos. En sus andanzas por el Cono Sur, George Munsters relataba su experiencia con los tehuelches de la Patagonia:

Con respecto a su sinceridad, mi experiencia es ésta. En cuestiones de poca importancia mienten casi siempre, inventan historias por puro gusto; por ejemplo, la señora Orkeke vino a verme, cuando estábamos en Teekel, para darme la noticia de que la esposa de Casimiro había muerto. «¡No es chico el alivio!» exclamé, y la señora recibió esta observación con una carcajada, y me dijo que la buena mujer estaba tan viva como yo, que lo único que tenía era los ojos enfermos. Podría citar muchos otros ejemplos iguales de inventiva de parte de los indios (Munsters, 1911: 282-3).

Pero el origen de la fama de mentirosos que tienen los patagónicos no es unívoco. Así como la Ciudad de los Césares requirió que la población europea proyectara su deseo sobre un territorio lejano y aislado para existir, hay quienes creen que no habría mentira en la Patagonia si no fuera por esos «otros» —los europeos— que introdujeron la ficción como un modo de construir el habitar.

Luis Sepúlveda recuerda un diálogo que sostuvo con el escritor inglés Bruce Chatwin en Barcelona:

—¿Eres de la Patagonia? —preguntó rompiendo el silencio. —No, de más al norte.

—Mejor. No se puede confiar ni en la cuarta parte de lo que dicen los patagones. Son los mentirosos más grandes de la Tierra —comentó echando mano a su cerveza. Me sentí obligado a devolver el golpe.

—Es que aprendieron a mentir de los ingleses. ¿Conoces las mentiras que Fitzroy le inventó al pobre Jimmy Button?

—Uno a uno —dijo Bruce y me tendió la mano. La ceremonia de presentación terminaba satisfactoriamente (Sepúlveda, 1994: 87).

MENTIRA E HISTORIA

Independientemente de cuál sea el origen de las mentiras patagónicas, lo interesante es que ellas se funden con la historia local. Remiten a hechos reales, como el poblamiento del lago General Carrera, la crecida de ciertos ríos o la falta de caminos que, en el pasado, hacía que ir de Balmaceda a Coyhaique fuera una larga travesía.

La mayor parte de las mentiras están ambientadas en un pasado distante. No tan remoto como para perderse en la memoria de los narradores, pero lo suficiente para que los auditores no tengan el recuerdo vívido de lo que escuchan. Así, el Padre Ronchi —sacerdote italiano que llegó a puerto Cisnes en 1961 y murió en 1997— o Juan Segundo Ramírez —que, según Óscar Aleuy (2010), habría llegado a poblar Puerto Guadal en 1926— protagonizan relatos locales que funden el dato histórico con lo fabuloso.

Probablemente, como plantea Mario Vargas Llosa a partir del análisis del lugar de la ficción y la mentira en su propia obra, esta propiedad sea la característica distintiva de las sociedades cerradas y aisladas. Tal vez, indica, «la mejor manera de definir una sociedad cerrada sea diciendo que en ella la ficción y la historia han dejado de ser cosas distintas y pasado a confundirse y suplantarse la una a la otra cambiando constantemente de identidades» (Vargas Llosa, 1990: 26).

Este permanente desplazamiento entre ficción e historia permite que las mentiras populares de la Patagonia se instalen en lo que Alejo Carpentier llamó, en 1949, lo «real maravilloso» (Carpentier, 1993). Haciendo una comparación con

el surrealismo francés, Carpentier ubica lo maravilloso no en la dislocación del objeto racional (la disección de la máquina de coser, el reloj o el paraguas), sino en «una alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad, de una ampliación de las escalas y categorías de la realidad, percibidas con particular intensidad» (Carpentier, 1993: 13).

En este sentido, las mentiras populares de la Patagonia no introducen artefactos ajenos al entorno local. Por el contrario, los protagonistas suelen ser elementos del paisaje cotidiano que adquieren características sobrenaturales en la narración. Una fauna compuesta por caballos, pumas («leones»), cóndores, zorros, salmones, perros, bueyes, cerdos, ovejas y gallinas se torna maravillosa en los relatos orales de la Patagonia: los salmones son cinchados y se transforman en monturas; las truchas, en las épocas en que el río está seco, lo remontan caminando; los pollos viven temporadas al interior de zapallos italianos; los perros nacen sabiendo cazar leones, y los cerdos cargan a otros cerdos sobre sus espaldas.

Pero la dimensión maravillosa no se limita al mundo animal. En las mentiras populares de la Patagonia, los actos humanos adquieren dimensiones sorprendentes: Juan Segundo Ramírez recompone sus huesos quebrados soplando una botella, Carlos Cadena caza un león embriagándolo con una jarra de vino y Pedro Abazúa se mete con su padre dentro del estómago de una vaca y después vuelan desde Osorno hasta la Patagonia afirmados de las tripas que sujetan unos cóndores.

CONTAR MENTIRAS

Aunque las mentiras populares siguen presentes en la memoria y el imaginario de quienes viven en la cuenca del lago General Carrera, ellos están conscientes de que, en varios sentidos, estas pertenecen más al pasado que al futuro. Muchos de los buenos mentirosos han muerto y solo queda el recuerdo de las historias que una vez contaron.

La televisión, la radio, los teléfonos celulares e incluso la luz eléctrica han desplazado el lugar tradicional en el cual se producían y reproducían las mentiras: el fogón, espacio por excelencia de la tradición oral. En su recopilación y análisis de cuentos tradicionales chilenos, Gastón Soublette recuerda que en la década de 1960 la narración familiar en torno al fogón era una práctica viva (Soublette, 2013: 10-11). Una vez caída la luz del sol, familiares, amigos y visitantes se reunían alrededor del fogón para finalizar la jornada. Tras comentar las novedades del día, los relatos emergían como un modo de extender el tiempo. En la penumbra del fogón, donde muchas veces abundaba el cansancio, la mentira —quizá más que el cuento o el relato cotidiano— captaba fácilmente la atención de los oyentes. Como afirma un escritor francés, la mentira tiene esa capacidad magnética porque «los discursos enigmáticos u oscuros detienen de antemano las mentes» (La Mothe Le Vayer en Jalón, 2001: 57).

Pero su diferencia con el cuento tradicional va más allá de la intriga y la atención que pueda despertar en la audiencia. Como explica Soublette, la transmisión del cuento tradicional se realiza principalmente de padre a hijo, mientras que las

mentiras populares de la Patagonia poseen un eje de transmisión horizontal. En aquella época, cuando aún no llegaba la electricidad, tampoco había caminos pavimentados, y los viajes a Chile Chico o Coyhaique para comprar víveres duraban muchos días y se hacían a pie en compañía de caballos pilcheros. Así, no era inusual que un viajero pidiera posada en la casa de un desconocido para pasar la noche y se arrojara a su fogón. De este modo, las mentiras iban de una localidad a otra, se intercambiaban, relocalizaban y urdían una densa red de significados que, con el pasar de los años, se hizo transversal.

Aunque los tiempos del fogón vayan en retirada y muchos de los grandes mentirosos hayan muerto, la mentira sigue viva en la cultura patagónica. Quizá de forma menos cotidiana, todavía emerge espontáneamente en las conversaciones que se dan en los asados y los viajes que se realizan a lo largo del territorio. El mentiroso se divierte contándolas y, eventualmente, consigue captar a un incauto que las escucha con ojos incrédulos. Sin embargo, como ya hemos apuntado, las mentiras populares de la Patagonia no buscan engañar a quienes las escuchan. Son, por el contrario, un modo de recrear la realidad en un lugar donde la indistinción entre lo fabuloso, lo maravilloso y lo cotidiano se reactualiza en cada mentira.

BIBLIOGRAFÍA

Aleuy, Óscar. 2010. «Guadal, tierra de ciénagas y tembladeras», en *El Divisadero*. Recuperado de <http://www.eldivisadero.cl/huella-32162> Consultado en línea, julio de 2017.

Carpentier, Alejo. 1993. *El reino de este Mundo*. Santiago, Editorial Andrés Bello.

Darwin, Charles. 1921. *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, tomo II. Madrid, Calpe.

Ivanoff, Danka. 2001. *Cinchando Pa' no Aflojar*. Coyhaique, Ediciones Cruz del Sur de la Trapananda.

Jocelyn-Holt, Alfredo. 2004. *Historia general de Chile*, tomo 2: Los Césares perdidos. Santiago, Editorial Sudamericana.

La Mothe Le Vayer. 2001. «La verdad es verde», en *Sobre la mentira*. Mauricio Jalón ed. Valladolid, Cuatro ediciones.

Levi-Strauss, Claude. 1995. *Antropología estructural*. Buenos Aires, Ediciones Paidós.

Martinic, Mateo. 2004. *De la Trapananda al Áysen*. Santiago, Pehuén Ediciones.

Mendiola, Ignacio; Goikoetxea, Juan Miguel. 2014. «Sociología de la mentira», Recuperado de www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c_ponencias/Mendiola.pdf Consultado en línea, julio de 2017.

Montaigne, Michel de. 2001. «Los mentirosos», en *Sobre la mentira*. Mauricio Jalón ed. Valladolid, Cuatro ediciones.

Munsters, George Chaworth. 1911. *Vida entre los patagones*. La Plata, Universidad Nacional de la Plata.

Segura, Patricio; Huenchuñir, Nelson. 2010. *Manual de Carreño de la Patagonia de Aysén, Coyhaique*, Cooperación Privada para el Desarrollo de Aysén.

Sepúlveda, Fidel. 2012. *El cuento tradicional chileno. Estudio estético y antropológico*, antología esencial. Santiago, Ediciones UC.

Sepúlveda, Luis. 1994. *Patagonia Express. Apuntes de viaje*. Barcelona, Tusquets.

Soublette, Gastón. 2013. *Sabiduría chilena de tradición oral (cuentos)*. Santiago, Ediciones UC.

Vargas Llosa, Mario. 1990. *La verdad de las mentiras*. Lima, Seix Barral.

PARTICIPANTES DE ESTE PROYECTO

— *Equipo Ejecutor* —

José Benado Wilson (Santiago, Chile, 1981) es licenciado en Astronomía y egresado de Magister en Geofísica en la Universidad de Chile, además de Magister en Patrimonio Geológico y Geoconservación en la Universidad de Minho (Portugal). Es Director de la Fundación Centro de Estudios de Montaña y miembro de la Sociedad Geológica de Chile, instituciones desde donde promueve y ejecuta iniciativas dedicadas a conservar el patrimonio geológico. Este libro es su primer proyecto de investigación en patrimonio inmaterial, tradiciones orales.

Daniel Egaña Rojas (Münster, Alemania, 1980) es antropólogo social de la Universidad de Chile, magíster en Estudios Latinoamericanos de la misma universidad y doctor en Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Es académico del Departamento de Atención Primaria y Salud Familiar de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, y realiza investigación en temas patrimoniales, alimentación, salud y cultura. En 2017 publicó, junto a Flavia Berger, Santiago Panadero, investigación patrimonial sobre panaderías tradicionales.

Sandra Molina Franjola (Puerto Montt, Chile, 1984) es artista visual, Licenciada en Artes de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Artes con mención en artes visuales de la Universidad de Chile y Doctora en Filosofía con mención en estética y teoría del arte de la Universidad de Chile. Ha expuesto de forma individual en la sala Juan Egenau de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile (2007) y de forma colectiva en Mac Quinta Normal (2006), Mac Parque forestal (2009), Galería Gasco (2011), entre otros. Ha ilustrado cuentos infantiles como Jacky de Marcela Paz (ediciones SM) y ha escrito, ilustrado y publicado los cuentos infantiles la colección Comehojas de Chile de Editorial Planeta.

— *Colaboradores* —

Felipe Andrade Andrade, geólogo de la Universidad de Concepción y patagón de nacimiento. Participó como encargado de terreno y parte del equipo recopilador de las mentiras.

Antonieta López Aravena, Diseñadora Gráfica, diplomada en Tipografía y Magíster en Territorio & Paisaje. Participó en el diseño y diagramación del libro junto a su ayudante Josefina Contin.

Javiera Herrera Zalaquet, antropóloga y editora. Participó en la edición y corrección de las mentiras y textos de los libros.



—No sé si la Patagonia será
el único lugar del mundo
donde hay competencias de
mentiras, pero estoy seguro de
que no puede haber nada más
entretenido que investigarlas—.

LAS MENTIRAS POPULARES en la Patagonia poco tiene que ver con el problema de la verdad. Herminda Levín cuenta que cada vez que Juan Segundo Ramírez terminaba una de sus increíbles historias sentenciaba: «Compañerito, usted no me va a creer. Puede creer que es mentira. ¡Pero es la pura verdad!».

Este libro es el producto de un recorrido por la región de Aysén en busca de las mentiras tradicionales que antaño se relataban en torno al fogón. Aquí se compila una selección de ellas donde los protagonistas suelen ser elementos del paisaje cotidiano que adquieren características sobrenaturales en la narración. Una fauna compuesta por caballos, pumas («leones»), cóndores, zorros, salmones, bueyes, cerdos, ovejas y gallinas se torna maravillosa en los relatos orales de la Patagonia.

Proyecto financiado por
el Fondo Nacional de
Desarrollo de la Cultura
y las Artes 2018



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y
el Patrimonio

Gobierno de Chile

ISBN: 978-956-393-503-6

